

este género de instruccion. 2.^a Descended al pormenor de la conducta de vuestros hijos, y de vuestros domésticos; informaos de tiempo en tiempo si sus conversaciones son alguna vez licenciosas, si el todo de su conducta es cristiano. Sabed si frecuentan los Sacramentos todos los meses; si hacen oracion á Dios regularmente á la mañana y á la noche; si leen libros contrarios á las buenas costumbres; si están en la iglesia con respeto; si frecuentan lugares sospechosos; si se juntan con malas compañías. No perdoneis este género de faltas. No os fieis en la vigilancia de un preceptor ó de un ayo.

2 Sed rígidos sin ser amargos ni austeros; no reprendais jamás con términos injuriosos ni agrios; un poco de vivacidad y mucha firmeza, no dice mal al zelo; hacedlo de modo que todos se persuadan que vuestro zelo es cristiano, y por consiguiente inseparable de la caridad.

3 Si estais á la cabeza de un cuerpo ó de una comunidad, sed zelosos por la regularidad, no sufrais la menor relajacion; pero advertid con dulzura, corregid con moderacion y con decoro, imponed con vuestras palabras, y singularmente con vuestro ejemplo. ¡Cuantos superiores estarán horriblemente castigados en la otra vida, por no haber sido bastante rígidos, ó por no haber sido bastante ejemplares! ¿No teneis nada que reprenderos sobre este punto? Sois un particular; no prediqueis la reforma de la comunidad sino por la vuestra. No os perdoneis nada, sed exactos, no os dispenseis de la menor regla, y entonces habréis ya comenzado la reforma de vuestra comunidad. Todo zelo inquieto, acre ó mordaz, es un falso zelo; sea el vuestro dulce, benéfico y caritativo. Nos engañamos si nos lisonjamos de tener zelo por la salud de otro, si no lo tenemos por nuestra propia perfeccion; no amamos por cierto al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que se llama entonces zelo, no es propiamente mas que una vivacidad del natural, y un puro efecto del orgullo.

MIÉRCOLES SEGUNDO DE CUARESMA.

EL introito de la misa de este dia se compone de los dos últimos versículos del salmo 37, y es una oracion corta que cada uno puede hacer á Dios muchas veces al dia. Debe notarse que los versículos del introito de todas las misas de la Cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas para entre el dia. La misa de este comienza por estas palabras: Dios y Señor mio, de

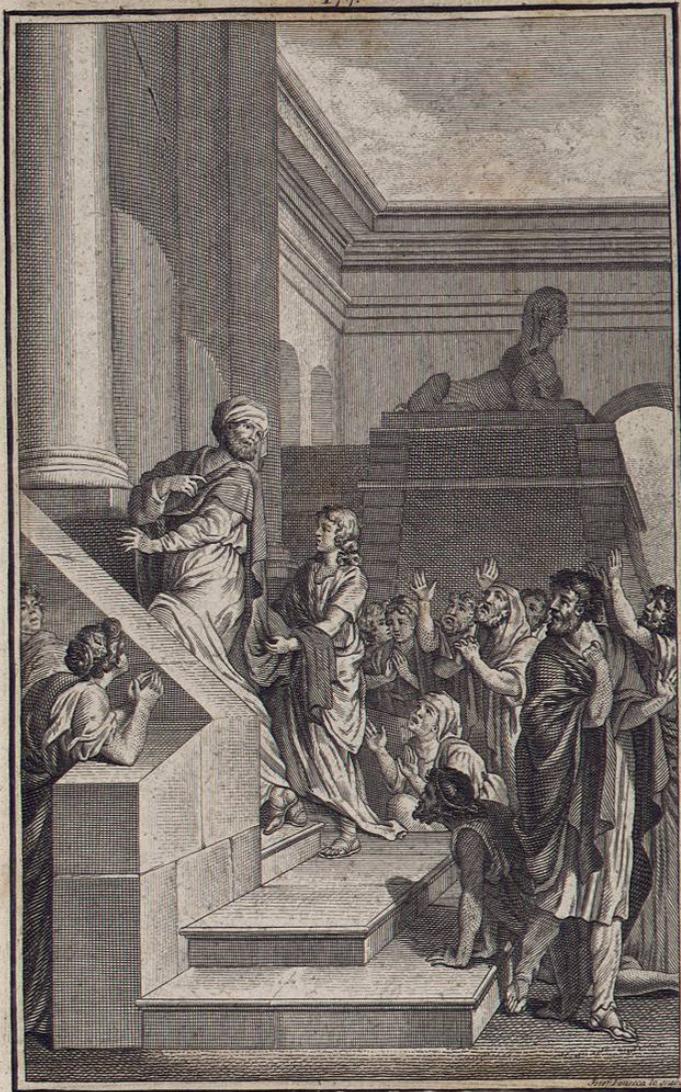
quien únicamente debo esperar mi salud, no os alejéis de mí, ni me dejéis sin auxilio á merced de mis enemigos. Este salmo que comienza por estas palabras: *Señor, no me arguyais en vuestra ira*, puede mirarse como un modelo de oraciones en la penitencia, en el tiempo de enfermedad y en todo género de aflicciones; así es que es uno de los que se llaman salmos penitenciales, y era uno de los que se cantaban todos los sábados en la sinagoga. Se cree que David le compuso durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados le habian atraido aquella desgracia. Este religioso príncipe, perseguido por su propio hijo, trata de apaciguar la justicia de Dios, esponiéndole las penas que ha sufrido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que las ha recibido. Pide y espera el auxilio del cielo contra sus enemigos, siempre pronto, sin embargo, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra Dios, y el peccador es un hijo rebelado contra su padre, parece que el darnoslo á conocer es la mira que tiene la Iglesia, no tomando para la misa de estos dias de penitencia mas que las palabras de los salmos que David compuso en la persecucion que sufría de su hijo Absalon.

La Epistola de este dia se compone de la oracion que hizo á Dios el judío Mardoqueo, tio de Estér, reina de los persas, por la libertad de su nacion, condenada á perecer en virtud de un decreto del rey Asuero, que Amán, su favorito y su primer ministro, habia obtenido para que fuesen muertos todos los judíos esparcidos en todos sus estados. Esta oracion fué oida. No hay una cosa mas á propósito para un tiempo de penitencia, cual es el de la Cuaresma, en que la Iglesia no cesa de pedir á Dios misericordia por todos los hombres condenados á la muerte eterna por el pecado.

Mardoqueo, hijo de Jair, de la tribu de Benjamin, de la estirpe de Saul, siendo niño fué sacado de su país y trasportado á Babilonia por el rey Nabucodonosor, con el joven rey Jeconias y toda la nacion judía. En la distribucion que se hizo de todos los cautivos, Mardoqueo fué enviado á Susa, ciudad capital de la Persia, y allí se estableció con toda su familia. Tenia un hermano llamado Abigail, el cual tenia una hija que se llamó Estér; en su mas tierna infancia perdió á su padre y á su madre, lo que obligó á Mardoqueo, su tio, á llevársela á su casa y adoptarla por hija suya. Encargado de su crianza, la educó en el temor del Señor, en el amor de la religion, en la observancia exacta de los mandamientos de Dios, y en una gran delicadeza de conciencia por las prácticas de la ley de Moisés. Habiendo Asuero, que reinaba entonces sobre

los persas y los medos, repudiado á la reina su mujer, llamada Vasthi, resolvió con el parecer de sus cortesanos casarse con otra que no le cediese ni en hermosura, ni en todas las otras bellas cualidades. Dió orden para que se buscasen en todas las provincias del imperio las doncellas mas cabales que se pudiesen hallar. Estér fué llevada entre otras muchas. Agradó al rey, el cual dispuso que inmediatamente se le diesen todos los atavíos necesarios para adornarla, y siete doncellas para que la sirviesen. Mardoqueo menos interesado por la fortuna de su sobrina, que por los peligros en que se hallaba en la corte, redoblaba su solicitud. Entre los avisos saludables que la habia dado, la habia recomendado mucho que no dijese que era judía; pero sin desmentir jamás los deberes de su religion. Pasaba cuasi todo el día delante del vestíbulo del palacio en donde estaba su sobrina para saber lo que la sucedía. Habiéndose presentado Estér delante del rey, aun cuando no habia cuidado mucho de componerse, le agradó tanto, que aquel príncipe la puso la diadema sobre la cabeza, y la hizo proclamar reina en lugar de Vasthi. Esta ceremonia se hizo en todo el imperio con gran solemnidad. El rey en el día de las bodas disminuyó los impuestos, é hizo grandes liberalidades al pueblo y á los grandes de la corte, y por todas partes no se oía mas que publicar las raras cualidades y el mérito extraordinario de la reina Estér.

Su elevacion no mudó sus sentimientos ni en orden á su religion, ni respecto de su tío Mardoqueo, el cual continuó aun mas en acudir al vestíbulo del palacio de la reina, para estar mas en proporcion de asistirle con sus consejos. Habiendo en este tiempo Mardoqueo descubierto la conspiracion de dos capitanes de la guardia que habian resuelto asesinar al rey, advirtió de ello á la reina; fueron presos los dos oficiales, los cuales, habiéndolo confesado, fueron ahorcados en el mismo día. En este mismo tiempo comenzó el favor de Amán, á quien el rey habia hecho su primer ministro, elevándole sobre los príncipes y sátrapas del imperio, mandando que á este favorito se le hiciesen los primeros honores de la corte despues de él. En efecto, Amán no se presentaba jamás en público, sin que todos doblasen la rodilla delante de él. Mardoqueo solo no lo hacia, creyendo que la ley de Dios, de que era exacto observador, no se lo permitía. Advirtiolo Amán; supo que Mardoqueo le negaba este honor porque era judío, y de tal modo se irritó que á mas de la resolucion que concibió de hacer que pereciese Mardoqueo, determinó tambien vengarse de este desprecio en toda la nacion judía, esparcida en todas las provincias del imperio, y formó el



designio de hacer que en un mismo dia fuesen degollados en todas partes todos los judíos. No le fué difícil arrancar del príncipe una orden tan cruel. Le representó que habia un cierto pueblo aborrecido de todos los demás, dispersado por todo el reino, y muy poco sumiso; que interesaba al estado esterminar una nacion enemiga de las leyes y de la religion del país, y que le suplicaba que mandase por un edicto que todos los judíos que se encontrasen en el imperio fuesen muertos en un mismo dia. El rey sacando de su dedo el anillo de que se servia para sellar sus edictos, lo dió á Amán dejando á su arbitrio todo este negocio. El cruel ministro se aprovechó de todo su crédito. Hizo estender un edicto en nombre del rey para esterminar toda la nacion judía, esparcida por todo el imperio. En él se mandaba á todos los sátrapas ó gobernadores de las provincias, á todos los jueces y magistrados que hiciesen asesinar generalmente á todos los judíos que se hallasen en su distrito, sin distincion de edad ni de sexo, el dia 13 del mes de Adar.

Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia este cruel edicto, desgarró sus vestiduras, se cubrió con un saco, y puso ceniza sobre su cabeza, sin cesar dia y noche de llorar y pedir al Señor que se compadeciese de su pueblo. Informada la reina de la desolacion en que se hallaba su tio, quiso saber el motivo. Mardoqueo se lo escribió, enviándola una copia del edicto; y la dijo que no podia perderse tiempo, que era preciso hablase al rey, y que hiciese todos los esfuerzos para salvar al pueblo. Estér le representó que estaba prohibido á toda persona bajo pena de muerte el entrar á la cámara del rey sin ser llamada por una orden espresa. Que, sin embargo, poniendo toda su confianza en Dios, estaba resuelta á esponer su dignidad y su vida por salvar á su pueblo, y que le rogaba que hiciese juntar todos los judíos que estaban en Susa, y les ordenase un ayuno de tres dias, y que pidiesen á Dios por ella. Mardoqueo puso en ejecucion esta orden de la reina, y durante estos dias de penitencia y de devocion fué cuando hizo á Dios la oracion que la Iglesia ha escogido en este dia para la Epístola de la misa. Señor Dios, rey omnipotente, todas las cosas están sujetas á vuestro poder, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad: si habeis resuelto salvar á Israel, á pesar del poder de nuestros enemigos y de todas las medidas que han podido tomar para perdernos, nada tenemos que temer. La reina Estér por su parte se encerró, se puso las vestiduras de luto, se cubrió con ceniza, pasó los tres dias en un ayuno continuo, y maceró su cuerpo con el cilicio. Despues de lo cual, habiéndose ataviado con todo esmero, fué á presentarse al rey que estaba

en su trono. Debilitada por el ayuno, deslumbrada con el esplendor de un príncipe, que entonces brillaba por todas partes con el oro y la pedrería, espantada pensando en la libertad que se había tomado de presentarse delante del rey sin haber sido llamada, no bien lo reflexionó, cuando asombrada por la majestad grave de un príncipe, cuyo aire solo inspiraba espanto, cayó desmayada. Conmovido el rey de este accidente bajó de su trono, la sostuvo hasta que volvió á recobrar su espíritu, la aseguró, y haciéndola tocar el cabo de su cetro, la dijo: ¿Qué temes, mi querida Estér? yo soy tu hermano; la ley que prohíbe á todos presentarse delante de mí, sin ser llamados, no se ha hecho para tí. Es bien sabido lo demás de esta historia. Amán fué colgado en la misma horca que había hecho levantar en el patio de su casa para Mardoqueo; el edicto que proscribía á todos los judíos fué invalidado por un nuevo edicto, que á mas les concedía en todo el imperio grandes privilegios; Mardoqueo fué nombrado gran-maestre del palacio, y despues fué instituido la segunda persona en el imperio.

El Evangelio de la misa del día contiene la prediccion que el Salvador hizo á sus Apóstoles de su pasion y de su muerte, y de todas las humillantes circunstancias de que debía estar acompañada.

Habiéndose puesto Jesucristo en camino para ir á Jerusalem á celebrar su última pascua, ocho ó diez dias antes de la fiesta; viéndose rodeado de una multitud del pueblo, tomó aparte á sus Apóstoles, y entabló con ellos una conversacion particular de todo lo mas ignominioso que debía sufrir en aquella capital dentro de pocos dias. Vosotros veis, les decia, que vamos á Jerusalem; allí es donde el Hijo del hombre será vendido y entregado en manos de los príncipes, de los sacerdotes, de los doctores y de los magistrados, quienes contra toda justicia le tratarán del modo mas infame, y le condenarán como culpable del último suplicio; y porque el derecho de vida y muerte se les ha quitado por los romanos, le entregarán para que sea tratado por ellos con irrisión, para que sea azotado y crucificado, y todo esto á la vista de todo el pueblo. Pero no temais nada, este Hijo del hombre tan maltratado resucitará al tercer dia con todo el esplendor de su gloria. Era esta la tercera vez que les predecia su muerte, pero nunca lo había hecho de un modo tan circunstanciado. Por mas afflictiva que fuese esta prediccion, era necesaria para prevenirles contra el escándalo de su pasion; pero los Apóstoles estaban tan llenos de las ideas de gloria, de poder y de felicidad, bajo las cuales se representaban los judíos al Mesias, que todo lo

que les dijo el Salvador de su pasion y de su muerte fué para ellos como un enigma, y nada comprendieron. Esto lo dieron bien á entender Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, en la peticion que inmediatamente hicieron á Jesucristo por medio de su madre Salomé de las dos primeras sillas para ellos. Esta mujer sugerida por sus hijos que tenia al lado, se presentó delante de él, le adoró con respeto, y le suplicó que no llevase á mal el que le pidiese una gracia; habiéndoselo permitido Jesucristo: Maestro, le dijo ella con mucha confianza, á lo que parece, muy pronto estaréis ya á punto de entrar en vuestra gloria; cuando estuviereis, pues, en ella, yo os pido que concedais á mis dos hijos las dos primeras plazas de vuestro reino, haciendo que sean colocados á vuestros dos lados, dándoles la preferencia sobre todos vuestros discípulos. El Salvador escusó la ternura maternal y la pequeña ambicion que era el efecto de ella, y dirigiéndose á los dos hermanos les hizo entender que las plazas en el cielo no se conceden al simple favor sino al mérito, aunque sea verdad que no haya ningun mérito sin la gracia: vosotros tendreis lo uno y lo otro, añadió el Salvador: vosotros combatiréis, conseguiréis la victoria, y recibiréis la corona que mi Padre y yo os tenemos preparada desde la eternidad. La peticion que acababa de hacer la madre de los dos discípulos, causó unos pequeños zelos y aun alguna indignacion en los otros diez que estaban presentes, lo que obligó al Salvador á darles aquella preciosa leccion de humildad tan opuesta al espíritu del mundo, en la que les declara que el medio de obtener el primer lugar en su reino es el de tomar el último en todas las demás partes; y que si uno quiere ser mayor que los otros, es preciso que se constituya su siervo, y se haga mas pequeño que ellos. En esto debe estribar toda vuestra ansia: tomad ejemplo de mí, añade, yo debo ser vuestro modelo; yo no he venido aquí abajo para ser servido, sino para servir á los otros, y para dar la vida á los mismos que me darán la muerte.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Populum tuum, quæsumus, Domine, propitius respice: et quos ab escis carnalibus præcipis abstinere, à noxiis quoque vitis cessare concede. Per Dominum...

Señor, mirad á vuestro pueblo con ojos favorables, y haced que aquellos á quienes mandais que se abstengan de las carnes, cesen tambien en los vicios que dañan á sus almas. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es sacada del libro de Estér, cap. 15.

In diebus illis: Oravit Mardocheus ad Dominum, dicens: Domine, Domine Rex omnipotens, in ditione enim tua cuncta sunt posita: et non est qui possit tuæ resistere voluntati, si decreveris salvare Israel. Tu fecisti cælum et terram, et quidquid cæli ambitu continetur. Dominus omnium es, nec est qui resistat majestati tuæ. Et nunc, Domine Rex Deus Abraham, miserere populi tui, quia volunt nos inimici nostri perdere, et hereditatem tuam delere. Ne despicias partem tuam, quam redemisti tibi de Ægypto. Exaudi deprecationem meam, et propitius esto sorti et funiculo tuo, et converte luctum nostrum in gaudium, ut viventes laudemus nomen tuum, Domine; et ne claudas ora te canentium, Domine Deus noster.

En aquellos dias hizo Mardoqueo oracion al Señor, diciendo: Señor, Señor y Rey omnipotente, todas las cosas están sujetas á vuestro poder, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad, si hubiereis resuelto salvar á Israel. Vos habeis hecho el cielo y la tierra, y todas las criaturas que están bajo el cielo. Vos sois el Señor de todas las cosas, y no hay quien resista á vuestra majestad. Ahora, pues, ó Señor y Rey, ó Dios de Abraham, compadeceos de vuestro pueblo; porque nuestros enemigos han resuelto perdernos, y esterminar vuestra heredad. No desprecieis este pueblo que habeis hecho propio, y que habeis rescatado de Egipto para que sea vuestro. Oid mi oracion; mostraos favorable á una nacion que habeis hecho vuestra heredad. Convertid, Señor, nuestras lágrimas en alegria, á fin de que empleemos la vida que nos conserváreis en alabar vuestro santo nombre, y no cerreis la boca de los que os alaban, Señor Dios nuestro.

«El libro de Estér está recibido por los judíos como uno de los mas canónicos. Se asegura que el mismo Mardoqueo fué el que escribió toda la historia de su sobrina Estér. Los judíos establecieron una fiesta solemne, que se llama la fiesta de las Suertes. Esta se celebraba el duodécimo mes del año santo, que es el sexto del año civil, que se llamaba Adar, y la vigilia era dia de ayuno. El mismo rey Asuero mandó que esta fiesta fuese en todo

su imperio como un dia de regocijo por la pérdida de Amán y por la conservacion de la reina Estér y de toda la nacion judia.»

REFLEXIONES.

A fin de que empleemos la vida que nos conserváreis en alabar vuestro santo nombre. La vida no se nos concede mas que para emplearla en amar, en servir, en alabar á Dios; no es otro el fin de nuestra creacion, ni tampoco nuestra conservacion tiene otro. Dios podia muy bien no habernos criado, pero no podia criarnos para otro fin. Dios puede enviarnos la muerte en cada momento, pero no puede conservarnos la vida sino para emplearla en su servicio; hacer otro uso de ella es alejarnos de nuestro fin. No hay en esto prescripcion que temer. El desarreglo de nuestras costumbres puede muy bien hacernos olvidar nuestra obligacion, pero no puede mudar nuestro fin último. Por mas desarreglados que seamos, será siempre verdad que no estamos en el mundo para juntar en él grandes bienes, para adquirir honor, para gozar muchos placeres, ni para hacer una gran fortuna; nosotros no estamos en él, Dios no nos deja en él, sino para servirle. Los reyes y los pueblos, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, no tienen vida sino con este fin. Es esta una verdad fundamental de nuestra Religion, y Dios no podria dispensarnos de esta obligacion ni una sola hora. ¡Buen Dios! ¿á cuántas gentes hará el proceso esta verdad eterna? Dios no nos prolonga nuestros dias, no nos libra de aquel accidente, no nos conserva la vida sino para su gloria. ¿Es este el motivo porque la ordenamos nosotros? ¿No vivimos mas que para la gloria de Dios? ¿Empleamos nuestra vida, pasamos á lo menos la mayor parte de nuestros dias en su servicio? Si no hubiese habido mas que un solo dia, una sola hora en este dia mal empleada, seremos examinados de ello, se nos pedirá cuenta de este tiempo perdido: ¿y de cuántos dias, de cuántos meses, de cuántos años perdidos serán responsables á la justicia divina esas gentes de placeres, esos ociosos de profesion, esas gentes de negocios? ¿Cuántos al fin de una vida larga se encontrarán en la muerte sin haber dado al servicio de Dios dos dias enteros? ¿Qué espanto, qué sentimiento no experimenta en una enfermedad peligrosa aquella persona, cuyos primeros años se han consumido en los desórdenes y en los placeres, cuya edad mas avanzada no ha sido tampoco mas cristiana, cuya salud se ha gastado por una multiplicidad disipadora de negocios? ¡Qué tristeza, digamos mejor, qué temor, qué tribulacion, qué desesperacion la de aquella

mujer del gran mundo, la de aquel jóven libertino, abrasados por el ardor de una calentura, á punto de concluir una vida que Dios no les habia concedido sino para él, y que ellos no han empleado y consumido sino para sí; al fin de una carrera que no ha sido mas que un continuo extravío; en la vispera de ir á presentarse delante de un Dios á quien se ha ofendido, y á quien se ha despreciado toda su vida; á la puerta de una eternidad ó feliz ó desdichada, segun el buen ó mal uso que se ha hecho del tiempo! ¿Quién puede entonces aquietar una conciencia justamente alarmada? ¿qué pena no se siente, y qué propósitos no se hacen? El decreto está á punto de pronunciarse, una alma va á ser precipitada á las llamas eternas. Pero Dios se deja ablandar de las lágrimas de este moribundo, de las oraciones de las gentes buenas, Dios le conserva todavia la vida, vuelve á la salud; ¿y vuelve á obrar mejor? ¿Esa sanidad recobrada cuasi por milagro, es siempre seguida de una verdadera conversión? ¿Es uno mas cristiano despues de haber estado largo tiempo enfermo? ¿De cuántos se puede decir despues de su convalecencia, la última condicion de este hombre es peor que la primera? ¡Dios mio! ¡cuán temible es la corrupcion del corazon humano! ¡A qué pocos convierte la enfermedad!

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 20 de S. Mateo.

In illo tempore : Ascendens Jesus Jerosolymam, assumpsit duodecim discipulos secretò, et ait illis : Ecce ascendimus Jerosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertia die resurget. Tunc accessit ad eum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei : Quid vis? Ait illi : Dic, ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit :

En aquel tiempo : Caminando Jesus á Jerusalem, tomó aparte los doce discípulos, y les dijo : He aquí que vamos á Jerusalem, y el Hijo del hombre va á ser entregado á los principes de los sacerdotes y á los escribas, quienes le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles, para que sea tratado con irrisión, azotado, y crucificado, y al tercer día resucitará. Entonces se acercó á él la madre de los hijos del Zebedeo, acompañada de ellos, adorándole, y haciéndole cierta petición. ¿Qué quieres, la dijo él? A lo que ella respondió : Ordenad que estos dos hijos míos se sienten,

Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei : Possumus. Ait illis : Calicem quidem meum bibetis : sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo. Et audientes decem, indignati sunt de duobus fratribus. Jesus autem vocavit eos ad se, et ait : Scitis quia principes gentium dominantur eorum : et qui majores sunt, potestatem exercent in eos. Non ita erit inter vos : sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister : et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus. Sicut Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam redemptionem pro multis.

uno á vuestra derecha, y otro á la izquierda, en vuestro reino. Mas Jesus dijo en contestación : No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber? Dijeron pues ellos : Podemos. Entonces repuso : En verdad, vosotros beberéis el cáliz que yo debo beber; pero el estar sentados á mi derecha, ó á mi izquierda, no me toca á mí el concedérselo; esto es para aquellos á quienes mi Padre lo ha destinado. Oyendo esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos : mas Jesus los hizo venir, y les dijo : Vosotros sabeis que los principes de las naciones tienen en ellas el primer lugar, y los que son mayores ejercen su poder sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; antes bien, cualquiera que entre vosotros quisiere hacerse el mayor, dedíquese á servirlos; y cualquiera que quisiere tener la primacia, constitúyase como esclavo vuestro. A la manera que el Hijo del hombre que no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida por la redención de muchos.

MEDITACION.

Sobre la estimacion que debemos hacer de las adversidades.

PUNTO PRIMERO. — Considera que los cristianos no deberian hallar placer sino en las aflicciones. Ningun otro fruto deberia ser de su gusto mas que el de la cruz; la sangre de Jesucristo la ha quitado toda la amargura. La cruz se ha convertido en el árbol de la vida; el que un fruto tan escelente no agrade, es señal de una mala disposicion.

Si no se escucha mas que á los sentidos, si no se consulta mas que á los ojos, á la razon humana, y al amor propio, las adversidades son un objeto de horror; pero ¿es buen juez en esta materia el hombre animal? ¿Qué nos enseña la fe? ¿Qué nos dice el Evangelio? Ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su propia gloria. Desgraciados de vosotros, ricos, que teneis vuestro consuelo (*Luc. 6.*) en las riquezas; desgraciados de vosotros, dichosos del siglo, que vivis alegres, y entre la abundancia; de vosotros, grandes del mundo, á quienes todo se rie. ¿Quereis, por el contrario, tener una justa idea de la felicidad; quereis hallar un hombre feliz, dice el Salvador del mundo? Buscadlo en las adversidades. Toda la religion, por decirlo así, se resiente, cuando se llaman desgracias á las cruces, y sin embargo ¿bajo qué otro aspecto se las mira hoy en el mundo? Que un pagano mire una quiebra en sus bienes, un pleito perdido, un revés de la fortuna, como un mal, no es extraño, él raciocina conforme á sus principios; pero un cristiano ilustrado con las luces de la fe, educado en la escuela de Jesucristo, instruido en su doctrina, ¿puede ignorar que las adversidades de esta vida son como las arras de la eternidad bienaventurada; que las cruces son el contrapeso de las pasiones; el remedio eficaz contra las hinchazones del corazon, y las enfermedades del espíritu; que todas tienen su precio, y que las aflicciones presentes, como dice S. Pablo, que no duran mas que un momento, y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria, en un alto grado de escelencia, y mas allá de toda medida? He aqui lo que el Salvador del mundo nos propone como un objeto digno de nuestra estima y de nuestro amor; he aqui lo que todo cuanto ha habido de sabio y de virtuoso entre los fieles ha buscado con empeño; he aqui lo que toda la Iglesia, lo que Dios mismo estima, honra y recompensa tan liberalmente en los fieles. ¿Son menos preciosas las cruces, porque sean desagradables á los sentidos? ¡Ah! se desea un remedio, por mas amargo que sea, y se compra muy caro, cuando nos persuadimos que él debe prolongarnos algunos dias esta vida; la esperanza de ganar alguna cosa, el deseo de tener un empleo, inducen á aceptar, á hacer que se deseen hasta los peligros de los viajes por el mar, hasta los penosos trabajos de la guerra. El cielo es siempre el premio seguro de las aflicciones sufridas con un corazon cristiano; el mismo Dios quiere ser la recompensa. No hay otro camino para ir al cielo; ellas son el patrimonio de los elegidos de Dios; en las enfermedades y en las adversidades es propiamente en donde un Amadeo, y todos los santos, han fabricado sus coronas. ¿Y no tendrán ja-

más las cruces un atractivo para mí? ¿Las he de mirar siempre con disgusto? ¿Y por qué título esperaré entonces una recompensa eterna?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que en las cruces sucede como en los árboles, cuyos frutos son de un gusto esquisito, aunque la corteza del árbol sea áspera y escabrosa. No es cierto que solo se encuentre amargura en el llanto; no todas las lágrimas son amargas. Si los dichosos del siglo tienen cruces invisibles, ¿por qué no habrá alegrías interiores mucho mas dulces que las que hacen tanto ruido? Las dulzuras espirituales no son las menos esquisitas. El corazon solo es el asiento del regocijo. Es preciso que la serenidad y la calma reinen en el alma para hacerla dichosa; las acusaciones ó las alarmas de la conciencia turban siempre las fiestas de los dichosos del siglo: su felicidad, hablando con propiedad, no consiste mas que en aturdirse, y de aqui procede que en las prosperidades de esta vida no se halla mas que una falsa alegría. Las almas verdaderamente cristianas gustan de un regocijo lleno y tranquilo, de una dulzura pura y deliciosa en sus cruces. ¡Cuan dulce es el estar seguros de que se marcha por el camino del cielo! ¡Cuan dulce el encontrar en su suerte y en su estado lo que hace el carácter de los predestinados, lo que ha sido y es todavía el objeto de las ansias de los mayores santos! ¡Cuan dulce el no gloriarse sino en la cruz de Jesucristo; dulzura que se hace sentir en el fondo del corazon mientras dura la vida, que se aumenta siempre en la muerte, y que se estiende aun hasta en la eternidad! Imaginad un motivo de consuelo mas real, ni mas sólido.

Las aflicciones son amargas, es verdad, y las aguas de Mará lo eran tambien, antes que Moisés arrojase en ellas el madero que Dios le mostró (*Exod. 15.*); pero por la virtud de aquel madero misterioso, aquellas aguas amargas se convirtieron en deliciosas para beber. Sabe Dios muy bien el secreto de endulzar las cruces. Antes de la muerte de Jesucristo se decia: Maldito todo hombre que es clavado en una cruz; pero despues que Jesucristo ha querido ser clavado en ella, nos ha librado de la maldicion, y ha dado á este tronco una virtud maravillosa.

De este principio han nacido los ardientes deseos de sufrir que se admiran en todos los santos. De esta fuente proceden los torrentes de delicias interiores, superiores á todo sentido, y que inundan las almas purificadas por los sufrimientos. ¡Ah, Dios mio! ¡cuan poco estimado es este secreto! ¡cuan escondido está este tesoro á los sabios del siglo! Pero se conocerá en la muerte, se

sabrà por toda la eternidad, cuan precioso era este tesoro, cuan estimable era este secreto. Dadme una alma ilustrada con las luces de la fe, dadme un corazon que ame à Dios, decia S. Agustín, y él entenderà lo que yo digo, conocerà esta verdad, y gustará maravillosamente esta doctrina.

¡Ah, Señor, y cuando seré yo de este número! ¿Me contentaré no mas que con confesar estas verdades, aplaudir estas reflexiones, no estimar las adversidades mas que en los otros? ¿Acaso no quiero yo ser del número de vuestros discípulos? ¿Y cómo ser discípulo vuestro si no se lleva la cruz, si no se ama la cruz, si no está uno unido toda su vida à la cruz? Concededme, Señor, este amor de la cruz, y hacedme fastidioso, insípido, cualquiera otro gusto que el de la cruz. Dadme vuestro amor, y yo amaré la cruz.

JACULATORIAS. — Si, Salvador mio Jesucristo; yo me complazco en mis enfermedades, en las adversidades, en las persecuciones, en los estrechos disgustos que sufro por vos. (2. Cor. 12.)

Esté yo de continuo cerca de vos, y en vuestra presencia, y despues de esto que cualquiera se arme contra mí. (Job 17.)

PROPOSITOS.

1 No hay nadie que no tenga su cruz. Las espinas nacen en todas partes, son de todas las estaciones, y crecen en todos los terrenos; nacen aun hasta sobre el trono mismo. No hay condicion, no hay estado que no tenga sus cruces; los grandes tienen las suyas, y no son siempre las menos pesadas aunque sean menos visibles. Es una locura el buscar un abrigo contra todos los vientos y las borrascas; ¿qué edad no tiene sus disgustos? ¿Qué fortuna no tiene sus reveses? ¿Qué condicion no tiene sus desazones? ¿Qué empleo no tiene sus cargas? Hay cruces domésticas, y las hay estrañas; y en defecto de las unas y de las otras, nuestro humor, nuestro natural, nuestro entendimiento, nuestro corazon, son fondos inagotables de muchas cruces. Considerad la que mas os inquieta en el día, y haceos de ella un motivo de mérito. ¿Queréis hacerla ligera? Amadla. Cuantos mas esfuerzos hiciereis para sacudirla, mas pesada se os hará. Aun cuando encontráseis el secreto de descargaros de ella, entrará en su lugar otra que os inquiete mas. ¿Queréis hacerla dulce? Observad los avisos siguientes: 1.º Aceptad de buena gana todas las cruces que Dios fuere servido daros, y jamás dejéis de decirle todos los días en la oracion de la mañana: Divino Salvador

mio, puesto que para ser discípulo vuestro es preciso llevar cada uno su cruz, yo acepto con todo mi corazon la que vos queréis que yo lleve; yo os pido la gracia necesaria, à fin de que yo haga un buen uso de ella para gloria vuestra y salvacion mia. 2.º Cuando nuestro amor propio se rebele, y la amargura se derrame en el corazon, decid con el Salvador: ¿Qué, no beberé yo el cáliz que mi Padre me ha dado? (Joan. 18.) 3.º Cuando tengais alguna afliccion, alguna pérdida, algun motivo de desazon, cuando supiereis alguna mala noticia, decid aquellas hermosas palabras de Job: ¿Si hemos recibido los bienes de mano del Señor, por qué no recibiremos tambien los males? (Job 2.)

2 Es una práctica de piedad muy útil y muy santa, no solo el aceptar todas nuestras aflicciones en satisfaccion de la pena debida por nuestros pecados, sino tambien el pedirle al confesor que nos dé nuestras propias cruces por penitencia; hechas entonces parte del sacramento, son de un precio mas elevado y reciben un nuevo mérito. Nada hay mas à propósito para desempeñarnos de nuestras deudas con Dios que este género de satisfaccion; ella es siempre de su gusto, puesto que es de su eleccion. Está uno seguro de que esta es la moneda, por decirlo así, con que quiere ser pagado en esta vida. Nos serviria estraordinariamente un poco de paciencia, de sumision, y aun de alegría, en las adversidades inevitables de esta vida; no se sufriria por eso mas, se sufriria aun menos, puesto que se sufriria con menos disgusto, y el provecho nos indemnizaria bien de la pena. Cosa estraña: se siente todo el peso de la cruz, se siente toda su amargura, y por falta de un poco de buena voluntad y de industria se pierde todo el fruto.

JUEVES SEGUNDO DE CUARESMA.

LA Iglesia ha escogido el principio del salmo 69 para el introito de la misa de este día. Es aquella oracion tan interesante que la Iglesia pone al principio de todos sus officios, y por la que pide à Dios su asistencia y su auxilio particular en todas las oraciones que hace, para que comprendamos la necesidad estrema que tenemos de la gracia, sin la que ninguna accion por laudable que fuese podria ser meritoria para el cielo. Aplicaos, Dios mio, à socorrerme; daos prisa, Señor, à asistirme. Cubrid de confusion y de vergüenza à los enemigos de mi salvacion que quieren quitarme la vida del alma. Tambien era durante la persecucion de su hijo Absalon, cuando David dirigia à Dios esta ora-